

Carnada

Eugenia Ladra

Y eso es solo por fuera; por dentro estoy hecha
un mar de lodo.

JUAN RULFO

Eran cinco, pero se movían como una sola maraña de piernas, brazos y ojos volteados. Atravesaban la cantina embistiendo las paredes rancias de La Paraíso, llenas de grasa y restos de lombrices, a ver si así podían salir, perseguir la luz que se colaba por los buracos de la chapa, despabilarse con el aire nuevo que le sigue a la noche pesada. Cuando el embrollo logró pasar por la puerta y separarse, enderezaron los cuerpos y pisaron la calle. Recién ahí, sosegados, como crecidos del suelo que los sostenía, repararon en la manse dumbre de aquello que los rodeaba: la tierra quebrada, el cielo luminoso, el horizonte divisor.

Para ese entonces se habían hecho las cuatro y poco, ese rato en que ya está claro, pero las motos todavía no suenan; en que los celulares sin señal, muertos de batería, ni siquiera vibran; en que los niños están dentro de sus camas, con las bocas medioabiertas y las panzas que suben y bajan lento; en que lo único que se siente son las ranas croando en las casas de puerta abierta, guarecidas entre la humedad del porlan.

Los hombres, apenas asomados del sucucho, empezaron a caminar. Salieron los cinco alineados, ocupando toda la calle, hablando de lo que iban a pescar al día siguiente, de

quién sacaría el ejemplar más grande y de cómo los del récord Guinness caerían al pueblo, y atrás, pegados, llegarían los informativos de la capital con sus cámaras, sus micrófonos y sus trajes, haciendo entrevistas que nadie vería, porque claro, la señal de las noticias está lejos de Paso Chico y sus antenas de alambre ensortijado.

Pero en medio de la charla, callaron. Un aullido, bien cerca y bien agudo, los dejó estaqueados en la tierra, de oídos afilados, esperando la repetición que no demoró: el sonido se sobrepuso al coro de ranas, a la orilla rompiendo, a los bichos entreverados por las primeras luces.

Ruido a perro, eso era lo que escuchaban.

Y no es que les importara mucho, no es cosa nueva que alguien ande aburrido, meta un animal en una bolsa y le dé hasta que deje de chillar, la mayoría de ellos alguna vez lo habían hecho. Lo que en verdad los había dejado turbados era no saber quién: quién andaba revirado a esas horas en que todo era calma, el pueblo dormía y sus cuerpos eran los únicos amanecidos.

Apuraron el paso, dieron vuelta la esquina y rodearon lo de Sandra y ese jardín que insiste en cuidar, aunque parezca un cementerio, y ahí nomás se figuró la escena delante de sus ojos. Marga, con un pie bien agarrado del suelo y con el otro dele que te dele, pateaba empecinada. En medio del polvo que levantaba el traqueteo, los hombres la miraban sin entender, pero más que nada era Recio el que no podía imaginar por qué su novia se afirmaba en el mismo lugar, quebraba costillas y espinazo, y hacía ir y venir el cuerpo sobre la tierra.

Recién cuando el animal se aquietó y las cabezas que se habían asomado por las ventanas volvieron a la cama, Marga levantó la mirada. Cuatro de ellos siguieron viaje. Pasaron por al lado del perro y de la gurisa y del aire cargado que había entre medio, saludaron torciendo la cabeza y desaparecieron callados. Nomás quedó Recio, hipnotizado por el bulto en la calle y la figura de Marga a contraluz, esa mañana rara en que se le mezclaban los ecos de la cantina con la imagen de la gurisa que era su novia: cara medrosa, ojos enormes y redondos, el pecho purohueso repleto de picaduras, las manos largas y finas, con anillos de lata en todos los dedos, brillando.

Fue una tarde a comienzos del verano. El calor había empezado a aflojar y Paso Chico, de a poco, dejaba de ser ese terreno vacío que se volvía después del almuerzo, cuando el sol pegaba de punta y ni los bichos se animaban a asomarse de sus guaridas. La gente se levantó de la siesta, dejó salir el vaho de las casas y se acercó al tumulto que se había armado, un poco a chusmear qué pasaba y otro poco a tomar el fresco que empezaba a bajar, a ver si así se oreaban los cuerpos embotados y se les evaporaba tanta humedad.

Ahí fue que lo vieron por primera vez: debajo del sauce, acostado en el pasto, la cabeza sobre el tronco, la mancha de nacimiento partiendo la frente, el cuerpo abandonado al sueño, el pecho desnudo subiendo, después bajando.

No tuvo que pasar mucho rato hasta que se le acercaron a tirarle alguna cosa de comer. Desde arriba llovieron pedazos de pan, galletas y unos buenos trozos de queso transpirado que se devoró como si fuera un animal, apenas mirando lo que se metía en la boca, tragando lo más rápido que podía, primero para saciarse él, pero después, y sobre todo, a ver si así alimentaba al nudo de lombrices que le nadaba en la panza ahuecada.

Fue recién después de haber comido que se le escuchó la voz.

Recio. Eso fue lo único que dijo.

Siguió un silencio profundo, de esos que se asientan en el aire cuando no se sabe qué decir. Entonces, intentó de nuevo. Como si su voz áspera recién se estuviera acostumbrando a hablar, como si tuviera un desierto en el pecho, dijo, más fuerte: Recio.

La gente empezó a susurrar por lo bajo, pero el disimulo no duró mucho, enseguida largaron una risa atropellada por el bautizo raro, por cómo alguien, vaya a saber quién, había decidido ponerle al gurí ese nombre de viejo avinagrado en vez de uno más normalito. Estuvieron rato así y cuando por fin se les serenaron las bocas y volvieron a mirar a Recio, lo vieron acojonado por la burla al punto que no respondió más nada: ni de dónde venía, ni qué hacía por ahí, ni cómo había llegado a encontrar el pueblo, cosa difícil cuando solo hay un cartel minúsculo y escrito a mano que da la bienvenida al pozo.

Siempre prontas para ingeniar alguna cosa que les ocupara la cabeza, las veteranas del pueblo no tuvieron más remedio que inventarse un par de cuentos sobre el gurí nuevo. Empezaron a decir que Recio, al que le calculaban unos dieciocho años, se había apersonado por las calles vacías, todo sigiloso, igualito a los gatos cuando achatan el cuerpo para cazar una presa. Decían que lo habían visto relojear las casas que en plena siesta quedaban con las puertas arriadas, viendo cuál era la mejor para mandarse con la excusa de picotear algo y no caerse redondo del desmayo y, de

pasocañazo, llevarse un par de cositas que pudiera revender en el puerto. Se piensan que no, pero a esos ejemplares ya los conocemos, vienen una vez cada tanto, todos pobrecitos, con caritas de yo no fui, de tengo hambre, de por favor, señora, ayúdeme, y así como están, medio escualidos y con aires de buenagente, arrasan con los ranchos, se llevan los celulares, las radios, alguna tele chicuela que les quepa entre los brazos y se devuelven a sus casas bien cargaditos, con la panza llena y los dedos embadurnados de manosear de pasada a alguna gurisa dormida.

Los pescadores decían que lo habían visto llegar a la hora de la siesta, sí, pero por el agua, en una canoíta maltrecha que se había empezado a inundar de lo roñosa que estaba, y que lo había obligado a bajarse cuando se le apareció a la vista Paso Chico. Que se había quedado por la orilla nomás, dentro del agua, refrescándose la mollera cada tanto, aliviando el calor que se le había acumulado en el cuerpo, y que después, chorreando río, había enfilado para el pueblo a ver con qué se encontraba. Nada de mandarse a alguna casa, nada de hacerse dueño de lo ajeno, nada de andar de toquetón, señoras.

Cuando bajó la noche y los mosquitos se pusieron tan bravos que no había forma de andar afuera, el pueblo se metió en las casas sin acordarse mucho de Recio, que al rato de haber llegado quedó camuflado entre el resto de los varoncitos de Paso Chico, todos más o menos iguales con sus bermudas gastadas, sus moretones estampados en el cuerpo y esas gotas de sudor que les bajan desde las patillas hasta bien entrados los cuellos. Cuestión que el gurí quedó

solo, en esa misma placita y bajo ese mismo sauce en el que se había instalado, con los ojos abiertos como un búho, esperando que el tiempo pasara rápido y la madrugada no se le hiciera tan densa, cosa medio imposible cuando se está en un lugar nuevo y la noche baja sin remedio.

Pero esa fue la última vez que Recio durmió a la intemperie. Al día siguiente, la gente del pueblo se organizó y armó algo parecido a un plan que, por más que salió improvisado y sin experiencia previa, no tuvo fallas. El sistema de Recio iba a ser el mismo que el sistema de la virgencita. Todos los viernes, la figura de la patrona que se había construido en el pueblo rotaba de casa y pasaba siete jornadas en el hogar de turno, procurando el rezo diario, sin falta, al levantarse y al irse a dormir. Ahora que el gurí había llegado a Paso Chico y no tenía dónde caer, iba a ser el encargado de llevar a la milagrosa de una casa a otra, y él, ya que estaba, se quedaría esos siete días ahí, como si el pago por tener la bendición de la patrona fuera recibirlo y ponerle un plato de comida delante.

En su segundo día en el pueblo, Recio se plegó a la gira de la virgen. Anduvo por las calles de Paso Chico abrazado a la patrona y con la mochila al hombro hasta dar con la primera de todas las casas que serían su casa. Tuvo suerte. Después de la cena, le tocó dormir en un sillón donde pudo estirar el cuerpo y descansar de todo lo que había hecho en el día: meterse al río, callejear y cumplir con los mandados que medio pueblo le había encargado, solo por tener una excusa para hablarle y achicar tanta curiosidad.

Todos los días lo mismo.

Era cuestión de apenas despertarse que Marga ya tenía ganas de mandarse unos dedos allá abajo, índice y medio juntos, prestos para revolver esas charcas que se le fabricaban durante la madrugada. La culpa la tenían las bombachas de elásticos vencidos: le acariciaban la piel exprimiendo un flujo a veces pastoso, a veces aguachento, siempre blanco, que cuando se entreveraba con los anillos de lata hacían que la gurisa se volviera puro resoplo y panza doblada, un cuerpo hirviendo dando vueltas sobre la cama.

Pero esa mañana fue distinta.

El llamado de Justa retumbó por la casa, su voz salió de la cocina, cruzó el pasillo minúsculo y llegó hasta los oídos de su nieta, logrando que los dedos de Marga, en vez de ponerse a frotar, quedaran suspendidos, inmóviles entre la sábana, la bombacha y sus piernas. La gurisa esperó en la cama, pero la insistencia siguió hasta que no tuvo más remedio que levantarse y arrastrar los pies al comedor. Caminó despacio, nomás por desobedecer en algo. Cuando llegó, se apoyó en el marco de la puerta y ahí, recién ahí, la imagen del lugar pareció completarse. Su abuela, el pescado

y la sartén; Olga, de visita, prendida al mate lavado, y después todo el resto: la montaña de repasadores sobre la mesa, las escamas desparramadas por el fregadero, el aceite salpicado y la tele, siempre prendida, derritiendo bien lento el plástico del mantel.

Justa y Olga hablaban de cualquier chusmerío: un gurí nuevo que se había asomado al pueblo, su mancha en la frente y las versiones opuestas de cómo había dado con Paso Chico. Marga se arrimó a la mesa, dejó caer el peso en una silla y esperó. Por hacer algo, hizo movimientos raudos. Cruzó piernas y brazos y quedó hecha un nudo apretado, y así, con el cuerpo entumecido, siguió esperando. Las mujeres seguían: el sistema de la virgencita, el cálculo de las casas que faltaban para que llegara a esa, el cuartito sin puerta que no se usaba. Pura cosa que a la gurisa no le importaba. Pura cosa que le reafirmaba que no tenían idea, que ninguna de las dos se acordaba. Y cuanto más pensaba, menos aflojaba el cuerpo. Y cuantas más vueltas le daba, más se le endurecía la cara. Y tan enroscada estaba que ni cuando se empezaron a reír, primero Justa y después Olga, sospechó algo. Recién cuando se calmaron y la miraron, recién cuando su abuela fue y vino sobre la misma pregunta un par de veces, entendió: cómo nos vamos a olvidar, mijita, cómo.

Cantaron el que los cumplas feliz con la velita puesta sobre el pescado. Se volvieron a tentar cuando en la parte del nombre Justa dijo Marga, y Olga, Marguita, descalabrando el ritmo, quedando desfasadas hasta que terminaron, aplaudieron y la gurisa apagó la llama. Le hablaron del

regalo, de las entradas de circo como promesa, una para vos y otra para quien vos quieras, con la aclaración de que había que esperar al camión en el que llegaba Beto, el que las vendía. Marga dijo que sí con la cabeza, le dio un beso a cada una para después volver a su lugar y empezar a almorzar, las tres, en medio de un silencio de velorio, cosarrara porque a esa hora siempre había algo para decir. Pero ese día no comentaron la novela de la tarde ni se quejaron del ir y venir de la señal en la tele, y mucho menos hablaron sobre el cumpleaños de la gurisa. Lo que pasaba era que festejar esa fecha todavía se les hacía extraño, no era solo el nacimiento de Marga lo que se recordaba, sino que también volvía la imagen de su madre como un rayo y enseguida, pegada, esa idea de malagüero que seguía insistiendo después de trece años clavados.

Por la época del nacimiento de Marga hubo unos días en que todo pasó muy rápido. Un par de golpes de mala suerte hicieron que Paso Chico quedara dadovuelta, destrozado como no se había visto antes. Entonces, para encauzar tanta tristeza, no se tuvo mejor idea que buscar culpable. Cuando Marga llegó al mundo, alguien decidió que la gurisa era yeta y el resto del pueblo estuvo de acuerdo: se decía que con la criatura había que tener ojo, que fijate nomás, enseguida de haberse apersonado ya trajo la inundación, ese diluvio que duró dos días en caer y uno en irse, pero que en ese momento parecía que no iba a amainar nunca, que se iba a quedar ahí para siempre, ensanchando la cuenca del río y haciendo crecer la correntada, esa que después arrasó con medio pueblo y mató gallinas y perros y gente; se llevó

motos, ventiladores y camas, y desarmó casas enteras que quedaron en pie, pero con los techos doblados y las puertas arrancadas.

Aquel enero del noventa y cuatro había sido bien seco. La tierra se había cuarteado y el río andaba como acobardado, pero una tarde de esas en que el calor no tiene remedio y la humedad se mete hasta debajo de las uñas, los truenos anunciaron torrente. Sonaron tan cerca que la gente despabiló el cuerpo, rompió con todo aquel marasmo y comenzó a andar de un lado a otro, cabizbaja, cuidándose la mollera mientras guardaban sus chucherías, intentaban dormir el llanto de los niños y trancaban puertas y ventanas, aunque adentro, en las casas, el calor ahogara más que el agua.

Con la caída de las primeras gotas, Justa se asomó sigilosa al cuarto donde estaba Marga durmiendo con su madre. Fue entrar la cabeza a la penumbra de las cortinas corridas que vio la imagen de golpe, entera.

El colchón que sostenía la sangre.

Su hija: los ojos caídos, el pelo enredado.

La recién nacida hambrienta.

La recién nacida prendida de la teta de su madre.

La madre mediomuerta.

La lluvia empezando a caer.

Tuvieron que pasar unos minutos para que Justa saliera del pasmo y pudiera reaccionar. Durante esos momentos quedó llena de una extrañeza nueva: el pálpito que había tenido con las primeras pérdidas de su hija y que había descartado una y otra vez era, de repente, algo bien concreto: un cuerpo quieto, sobre la cama, sin respirar.

Justa salió, por fin, del cuarto y de la casa. Como un bólido atravesó la calle dando zancadas hasta llegar a lo de Olga, la única en todo Paso Chico que se puso al hombro los alumbramientos del pueblo después de la muerte de las comadronas, la misma que hacía un rato nomás había sacado del vientre a Marga. La vieja llamó a la puerta con el puño cerrado y repetitivo en la madera y, solo con eso, Olga, del otro lado, se figuró que algo andaba mal.

Cuando Olga abrió y vio la mirada de Justa fija en la nada, la cazó del brazo para volver sobre el mismo camino que la doña había hecho, esas dos cuadras zigzagueantes que las separaban del colchón, la criatura y su madre. Pero por más que apuraron el paso bajo la lluvia fría y espesa, llegaron cuando ya no se podía más que agachar la cabeza y tomar un par de decisiones que recaían en Justa: primero, hacerse cargo de la cría por el deber natural de ser la madre de su madre; segundo, que la recién nacida dejara de alimentarse con esa leche podrida de difunta y lo hiciera con esa teta rara pero provechosa que tenía Olga, siempre chorreando líquido, aunque todavía no se le conocieran ni hijos ni ganas de tenerlos.

En el pueblo, el agua se acumuló rápido y no hubo más opción que mantenerse dentro de las casas hasta que la cosa volviera a su estado normal. La finada quedó en la cama, de puerta cerrada y cortinas corridas, largando cada tanto algún asomo de podredumbre que se mezclaba con el hedor de la calle revuelta. En el comedor, Justa y Olga tiraron un par de colchones donde se pasaron día y noche acostadas, la vieja rezando en un murmullo silbado o durmiendo

inquieta y con sueños raros y la otra dando teta y meciendo a la cría, que apenas tenía fuerza para abrir los ojos y largar cada tanto algún llanto acalambrado. Poco se habló durante esos días. No había nada que decir hasta que el duelo se diluyera con el tiempo y les volvieran las ganas de abrir las bocas y llenar el silencio.

Pasado el tercer día, la inundación se retiró lo suficiente como para que la gente se asomara a la calle, pisara tierra y empezara a repetir que la gurisita recién nacida trajo pura muerte e inundación, todo tan cerca en el tiempo que no, no podía ser casualidad, sino una malarracha que se había apersonado y que ahora tenía nombre: se llamaba Marga Araújo Araújo, apellidada como la madre dos veces porque padre no se le conocía; una criatura yeta, de esas que llaman a la desgracia.

Trece años después, en Paso Chico todavía quedaban varias personas que se cruzaban con Marga y desviaban la mirada, aunque el tiempo hubiese probado que la relación entre la mala suerte y la gurisa no se sostenía. Pero como lo que se dice en el pueblo queda estancado en el pueblo, la idea nunca se fue del todo y llegó a calar hondo en aquellos años. Por eso, cuando Justa decidió terminar con aquel silencio de velorio que atravesaba el almuerzo de cumpleaños y dijo que los trece eran una edad preciosa para conseguirse una changuita de verano, a Marga no se le ocurrió ni una sola persona en todo Paso Chico que le fuera a dar trabajo ni que la quisiera tener cerca. Igual, asintió con la cabeza, dijo que iba a ponerse a buscar y quedó con la mirada

perdida en la tele, esperando que apareciera la novela detrás del embrollo eléctrico de rayas grises que iban y venían, y sonaban a lluvia.